

Instituto de Investigaciones Gino Germani
5° Jornadas de Jóvenes Investigadores
4, 5 y 6 de noviembre de 2009

Violencia y dominación de género. Crónicas periodísticas de un mundo peligroso para las mujeres.

*** Marcelo R. Pereyra**

Docente e investigador, Ciencias de la Comunicación Social, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Correo electrónico: marceloper66@gmail.com

*** Gisela Iriondo**

Estudiante, Ciencias de la Comunicación Social, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Correo electrónico: gigi1982_x@hotmail.com

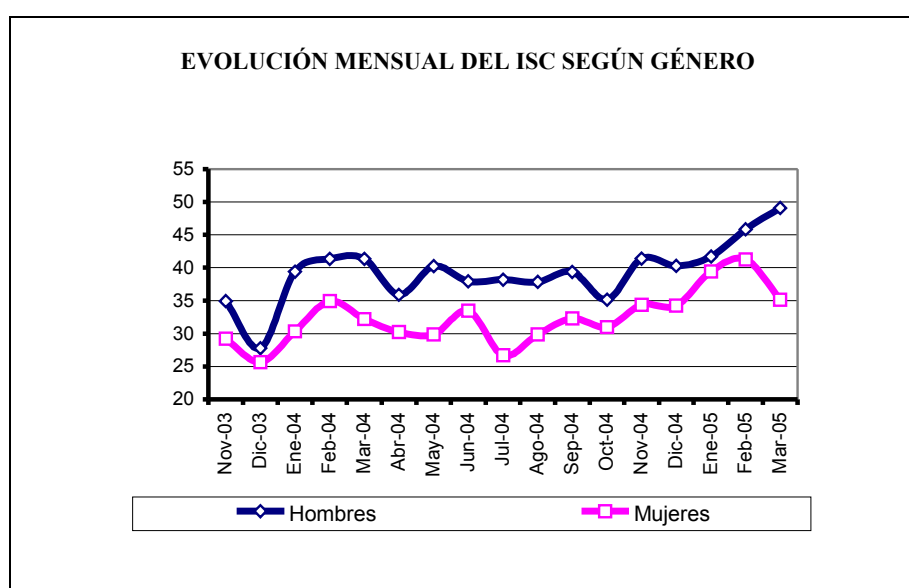
Eje problemático nº 2. Poder. Dominación. Violencia.

INTRODUCCION

Una de las principales preocupaciones en la agenda pública es el incremento constante del delito común, problemática que por su dimensión es designada en los discursos periodísticos y en las investigaciones académicas antes que por sus causas por una de sus consecuencias: la sensación de inseguridad. Varios autores (García Beaudoux y D'Adamo, 2007; McCombs, 2006; Pereyra, 2009, entre otros) han sugerido que esta sensación, vivida socialmente como una demanda insatisfecha frente a un Estado limitado en su capacidad para garantizar un umbral aceptable para la convivencia en el

espacio público y privado, es producto, en buena parte, de la acción de los medios. Así, por ejemplo, García Beaudoux y D'Adamo proponen que “la percepción que la opinión pública construye de una problemática social como el delito y la inseguridad, se encontrará vinculada con el tipo de cobertura periodística que tales temas obtienen de los medios de comunicación” (2007:169). Numerosas investigaciones son contestes en afirmar que los medios estimulan en la sociedad una imagen distorsionada del delito si se la compara con las cifras oficiales de criminalidad y victimización (García Beaudoux y D'Adamo, 2007:170). Estas ideas exageradas acerca de la violencia tienen consecuencias psicológicas concretas: aislamiento, exigencia de mayor control y represión (Martini, 2009), desconfianza hacia los otros-desconocidos (Pereyra, 2009), percepción de que el mundo es hostil y peligroso (el síndrome del *mundo malo*, McCombs, 2004) y, fundamentalmente, miedo.

Ahora bien, las encuestas de victimización revelan que los hombres y las mujeres no temen con la misma intensidad. Efectivamente, como afirma Dammert (2007), “el género es uno de los principales predictores del temor. Las mujeres sienten un mayor temor que los hombres, pero serían víctimas en menor porcentaje, lo que ha llevado a desestimar su percepción”. Valga como ejemplo el cuadro que se muestra más abajo, que refleja el “Índice de Seguridad Ciudadana” (ISC), creado por la consultora Catterberg y Asociados sobre una encuesta telefónica a 300 personas en la Ciudad de Buenos Aires. Como se puede apreciar, en marzo de 2005 casi el 50% de los hombres encuestados se sentía seguro, pero sólo el 35% de las mujeres expresó sentirse de la misma manera.



Ahora bien, la cuestión requiere de mayores precisiones, pues la relación victimización/miedo no es la misma para todos los delitos porque tiene que ver con otro concepto: el de vulnerabilidad. Y en este sentido hay que remarcar que la vulnerabilidad de las mujeres frente a la violencia sexual –ante la cual ellas tienen diez veces más probabilidades de ser víctimas que los varones (Danmert, 2007)-, ejercida por propios o extraños, tanto en el espacio público como el privado, tiene una clara incidencia en sus temores. Esta percepción está anclada en las desiguales relaciones de poder entre los géneros, en las que los hombres tradicionalmente han sido los dominantes y las mujeres las subordinadas. En otras palabras: las mujeres no son más temerosas por su naturaleza, sino que se les ha enseñado y han aprendido que ellas son las que deben tener miedo. En una estructura social fuertemente atravesada por la ideología patriarcal, este aprendizaje ha resultado útil para recluir a las mujeres en sus hogares, ocupándose de atender al marido y a los hijos.

Si los hombres son los que sufren más delitos, ¿por qué son las mujeres las que sienten más miedo? De acuerdo a lo que acabamos de expresar, entendemos que la respuesta a esta pregunta excede la relación victimización/miedo y se ubica en el sistema de dominación simbólica de género, que ha destinado a las mujeres el lugar de la vulnerabilidad y la victimización, y que condiciona a los varones para ser agresivos y no tener miedo. El sistema de dominación simbólica ejerce su influencia a través de los procesos de socialización, por medio de los cuales las mujeres aprenden a sentir miedo e internalizan su papel social y las formas de comportamiento que se esperan de ellas. La familia, la escuela y la religión imparten una enseñanza medular: “A las niñas buenas no les pasa nada malo” (Madriz, 2001).

Hay también una socialización secundaria, en la que la información que suministran los medios de comunicación es cada vez más importante (Borrat, 1989). En razón de lo expuesto, creemos que en determinados delitos la percepción del miedo se manifiesta de manera desigual en hombres y mujeres debido al tipo e intensidad de las coberturas periodísticas. Cuando nos referimos a tipo, estamos hablando de las modalidades enunciativas utilizadas, la jerarquización y la tematización que se ponen en juego. Cuando hablamos de intensidad queremos decir que la cantidad de noticias publicadas sobre un mismo caso delictivo -que tiene constantes reenvíos a multiplicidad de medios en distintos soportes-, contribuye a magnificar su gravedad. En otros términos: como la

cobertura en los medios gráficos no siempre se corresponde con el aumento o disminución real del delito, cabe deducir que son ciertos casos policiales los que contribuyen a reforzar la sensación de miedo e inseguridad. En una encuesta de percepción de inseguridad realizada por el Centro de Opinión Pública de la Universidad de Belgrano (COPUB), los encuestados coincidieron en contestar que el delito más común es el robo, y que luego sigue la violación. La encuesta fue realizada en julio de 2006, momento en el que habían recibido mucha cobertura algunas violaciones, en especial el caso de una joven atacada en una estación del subte. Por lo tanto es probable que la percepción de los encuestados se haya basado en la alta visibilidad de esos casos.

La violencia sexual en la prensa

Nos propusimos verificar las hipótesis precedentes estudiando el tratamiento periodístico de un caso policial que tuvo una significativa repercusión: el del “violador serial” de Córdoba. Para ello seleccionamos la cobertura los diarios *Clarín* y *La Voz del Interior*. El período analizado abarca del 7 de diciembre de 2004 hasta el 2 de enero de 2005¹. Los antecedentes de este caso se remontan al 13 de febrero de 1999, cuando *La Voz del Interior* anunciaba que se buscaba a un violador serial que accionaba en el barrio Nueva Córdoba. A partir de allí, se sucederían una serie de delitos durante 2003 y 2004. Sin embargo, el caso recién adquiriría mayor visibilidad mediática cuando una joven de 20 años, adoptando el seudónimo de “Ana”, decidiera relatar en un correo electrónico los detalles de la violación que sufrió el sábado 28 de agosto de 2004 en Nueva Córdoba. “Ana” denunció en su correo que el “violador serial” gozaba de protección policial, a la vez que advertía a las jóvenes sobre cómo prevenirse y qué medidas de seguridad tomar ante una situación de riesgo. El correo fue reenviado masivamente y publicado en muchos medios. “Ana” conformó un grupo de mujeres que luego tomó la forma de movimiento social, realizando marchas de protesta junto a otras organizaciones de derechos humanos reclamando medidas de protección al gobierno provincial. El caso adquirió una notable visibilización a nivel nacional, en un momento en el que había recrudecido el debate y la movilización de ciertos grupos sociales luego del secuestro y asesinato de Axel Blumberg.

¹ En *La Voz del Interior*, se tomaron las ediciones del 6, 15 al 21, 26, 28 al 31 de diciembre y 2 de enero. En *Clarín*, las del 7, 15, 19, 22, 29 al 31 de diciembre y 2 de enero.

Luego de permanecer ausente durante dos meses de la agenda mediática, el caso del “violador serial” reapareció en los medios el 6 de diciembre de 2004, con la violación de una estudiante de 24 años². *La Voz del Interior* anunció en su portada “*La inseguridad puso otra vez en jaque a la ciudad de Córdoba*”. Al día siguiente, el nuevo hecho fue la nota central de “Policiales” en *Clarín* y luego título en la tapa del 15 de diciembre (“*En Córdoba, el violador serial atacó de nuevo*”). El diario afirmó que el que había violado días atrás a la estudiante era “*el mismo hombre que ya había violado a otras 45 jóvenes de entre 17 y 26 años desde noviembre de 2002*”. El caso cobró así un renovado protagonismo en los medios nacionales y provinciales. La cobertura se extendió durante varias semanas, hasta que se consiguió identificar al delincuente. Cuando la policía concurrió a su domicilio para detenerlo, Marcelo Sajen se suicidó de un tiro en la cabeza.

La Voz del Interior cubrió exhaustivamente todas las novedades del caso. La serializada cobertura incluyó la investigación emprendida por la justicia, cartas, correos electrónicos y testimonios de las víctimas, las crónicas de las marchas de protesta de las mujeres afectadas, familiares y allegados, y la relación conflictiva entre la policía y las fiscalía, que ya había tomado forma de interna política. El caso logró un gradual reconocimiento público y un lugar destacado en la agenda de la sociedad, que fue alimentado por los propios medios, quienes potenciaron desde sus narrativas el interés y el debate en la opinión pública. También apareció el miedo.

Cuando los medios dieron a conocer la nueva violación –la del 6 de diciembre de 2004–, un estado de alarma se instaló en Nueva Córdoba y sus alrededores. Se trataba de otro capítulo del caso que había tenido expectante a la opinión pública durante los últimos dos años³. En esta oportunidad lo noticiable fue la confirmación oficial de que la reciente violación debía sumarse a, por lo menos, otras cuarenta y cinco que le eran atribuidas al mismo sospechoso⁴. La magnitud del dato invistió de mayor gravedad al

² El episodio sucedió en la madrugada del domingo 5 del mismo mes, en barrio Iponá, al sur de la ciudad.

³ Es importante destacar que el caso del “violador serial” tomó gradual protagonismo a partir del 2002 a raíz de las denuncias efectuadas por las víctimas, pero principalmente por las movilizaciones impulsadas tras la indignación popular, producto de la denuncia pública de Ana, la joven violada, en octubre de 2004. Estos hechos fueron recogidos por los medios, constituyendo una serie.

⁴ Luego se acusaría a Sajen de un número mayor de violaciones: “A Sajen lo presentaron como al acusado de cometer –al menos– 61 violaciones de mujeres de entre 17 y 26 años, en cincuenta y cinco episodios diferentes, y en dos períodos: el primero que concluyó en 1999 (...) y el segundo que abarcó desde diciembre de 2002 a diciembre de 2004” (*Clarín*, 2/1/05).

acontecimiento. Como sostiene Martini (2000), los acontecimientos que surgen bajo la forma de lo imprevisible no desaparecen instantáneamente de la agenda mediática, sino que tienden a resolverse en nuevos acontecimientos que forman una serie que permite reorganizar la percepción de la realidad del público. A su vez, lo conmocionante y terrible, en términos de ruptura respecto del orden habitual de los hechos, resulta siempre materia prima noticiable y provechosa para una construcción espectacular de la noticia.

La Voz del Interior desplegó una cobertura más intensa y jerarquizada que *Clarín*. Entre el 6 de diciembre y el 2 de enero, esto es, desde que se conoció la última violación hasta la muerte y posterior entierro del violador, colocó el caso doce veces en su tapa y varios días lo ubicó como nota principal de “Policiales”, sección que dedicó casi exclusivamente a cubrirlo. En *Clarín* las noticias sobre el “violador serial” integraron la agenda de “Policiales” en ocho ediciones, y en tres de ellas fue título de tapa. La mayor jerarquización que realizó *La Voz del Interior* se explica por la proximidad existente entre el acontecimiento y el medio y sus consumidores: lo que sucede localmente, lo próximo, es más noticiable, logra un mayor interés público en tanto afecta la cotidianeidad y produce mayor conmoción. En este sentido, “la cercanía instala lo siniestro y dice que el peligro está al acecho en el terreno conocido y transitado habitualmente” (Martini, 2000: 93).

El verosímil de la representación discursiva fue trabajado desde reconstrucciones propias de la investigación policial, mediante el uso de la deixis espacio temporal y sociocultural y una narración que incluyó la descripción de situaciones y la transcripción de diálogos y citas directas. Las notas que relatan el intento de detención del violador son un claro ejemplo:

- “¡No te matés!’, gritaron los policías (...) Eran alrededor de las 20 de ayer y Marcelo Mario Sajen (39), el violador serial, se acababa de bajar armado de un utilitario Kangoo gris (...) El individuo llevaba una pistola calibre 11.25 y trató de ingresar por la fuerza a una casa de calle Tio Pujio al 1800, del barrio Santa Isabel 2° Sección (...) Sajen quedó en el jardín rodeado, entregado a su suerte...levantó el arma, la apoyó sobre su sien derecha y gatilló. El balazo retumbó en la callejuela (...) Sajen ingresó al Urgencias a las 20.36 (...) para entonces, la entrada al hospital era un pandemonio. Había médicos, enfermeros, policías de custodia, policías, curiosos...” (*La Voz del Interior*, 29/12/09)

- “El martes a las 20:15 [Sajen] se disparó con una pistola 11.25 en la cabeza, luego de pedirle a dos policías que dejaran libre a su hermano que nada tenía que ver con sus delitos. Según el comisario Jorge Tobares, dijo: ‘yo ya estoy jugado’. Llegó hasta allí, en el barrio Santa Isabel, en una Renault Kangoo gris. Fuentes de la investigación dijeron que la manejaba un amigo, que fue quien le prestó ropa para cambiarse las bermudas verdes y las sandalias que llevaba puesta desde la mañana”. “(...) El Turco me dijo (testimonio del amigo) que antes de que la cana lo agarre otra vez se metía un tiro, si hasta me mostró un fierro que llevaba en la cintura” (Clarín, 30/12/09).

En algunos de sus titulares los diarios apelaron a una retórica sensacionalista:

- “El serial elige y sigue a las víctimas antes de atacarlas” (La Voz del Interior, 17/12/04).
- “El infierno tan temido” (La Voz del Interior, 15/12/04).
- “El serial cambió la vida de Nueva Córdoba” (La Voz del Interior, 20/12/04).

En cuanto al papel de las fuentes en la construcción de la información que analizamos, verificamos que, como es habitual, ambos diarios apelaron recurrentemente a las judiciales y policiales, por lo general no identificadas. Si en la producción de cualquier noticia es recomendable que se contrasten las fuentes, en las noticias sobre violaciones esa recomendación resulta imperativa pues, como señala Chejter (1997:21), aceptar pasivamente como primordial la información que brinda la fuente oficial “determina una imagen de la violación como suceso cotidiano pero excepcional y marginal, que la sociedad debe aceptar con resignación condenatoria, aunque confiando en las autoridades su represión legal”. Independientemente de lo que acabamos de señalar, encontramos además que las voces oficiales citadas configuraron un mapa confuso que, más que esclarecer lo que sucedía, dio cuenta de las internas y los conflictos políticos entre la justicia, la policía y los funcionarios públicos. Por otra parte, *La Voz del Interior*, le otorgó mayor espacio a los testimonios de las víctimas y sus allegados, y los de los habitantes de la ciudad que relataron sus sensaciones de miedo e inseguridad (“El serial cambió la vida de Córdoba”. *La Voz del Interior*, 18/12/04).

Dice Ford (1999) que cuando un caso periodístico es tomado por el discurso narrativo, recibe los atributos propios de la *story*: un sujeto principal; comienzo, nudo y desenlace; una *peripeteia* o cambio de suerte y una voz narrativa identificable. En el caso que analizamos, los titulares que iniciaron la serie periodística fueron una viva expresión de la retórica que utilizaron ambos diarios a lo largo de sus coberturas, tendiente a recrear, en clave de novela policial, un relato de intriga y suspenso. La construcción del caso periodístico se sostiene en una narrativa que gira alrededor de un enigma que, al final,

debe ser resuelto por medio de la lógica. De forma que, según Chejter (1997), lo que compromete y atrae al lector es la necesidad de que el misterio sea revelado. Cuando ello sucede, pareciera ser que la historia ha completado su sentido; sin embargo, las causas estructurales que desencadenan el hecho y que lo desbordan pueden quedar opacadas. De esta manera, el tratamiento de los medios se espectaculariza y se reduce a la búsqueda del detalle morboso que estimula el voyeurismo del público (Pereyra, 2009, b). Se produce un desplazamiento en el centro de interés de la información, cuyo escenario pasa a ser el de los hechos conexos -la “cacería” del violador, por ejemplo-, y la violación en sí misma queda supeditada a este mecanismo de invisibilización.

La construcción mediática de los actores y los espacios

La Voz del Interior y *Clarín* publicaron en reiteradas ocasiones imágenes de los lugares en donde se habían cometido las violaciones, como la pensión de la calle Balcarce y el baldío de barrio Iponá. Asimismo, publicaron fotos de las movilizaciones de protesta y del velorio y entierro de Sajén, e infografías de los barrios en los que perpetró las violaciones. El uso de fotografías, infografías y gráficos, además de sumar al efecto de realidad, también tiende a simplificar la información y su interpretación, a la vez que puede ser parte de una retórica sensacionalista que estimula imaginarios de miedo. Cuando la identidad del violador todavía no se había descubierto, *La Voz del Interior* se refirió al “*peligro que nos rodea*”, peligro que, sostuvo, era mayor aún para las jóvenes. El diario ilustró estas afirmaciones con una foto de una chica caminando sola por la ciudad. Su epígrafe: “*Los ataques del violador serial modificaron los hábitos de cientos de jóvenes en Nueva Córdoba*”.

A su vez, las notas de opinión que acompañaron la información legitimaron argumentativamente las representaciones tipificadas de las víctimas y el victimario; y sobre todo los imaginarios de peligro, en especial al que estarían expuestas las mujeres. En este sentido, crearon un nexo entre el componente narrativo de la noticia y la interpelación sobre las prácticas ciudadanas en este tipo de situaciones. Para ser más precisos: las notas de opinión coadyuvaron a reafirmar el imaginario acerca de cómo se supone que actúa este tipo de delincuente (“violador serial”), y “*qué le toca esperar a quien lo sufra*”.

“Los delincuentes se caracterizan por actuar siempre con un mismo patrón de conducta. Tienen un método, y como eso les da resultado, lo repiten casi sin variantes. Eso los anima para atacar una y otra vez, en un desafío para los investigadores (que quieren detenerlo) y para la sociedad, que debe padecerlo (...) Esta vez se supo que el delincuente se mueve en un auto celeste o verde claro (...) tal vez eso sirva para acotar la búsqueda y poder ponerle un punto final a la pesadilla” (Eduardo Parise, *Clarín*, 15/12/04)

La construcción de la imagen del delincuente y sus víctimas aparece en una nota de *La Voz del Interior* (17/12/04), donde se transcribe el testimonio de la encargada de la pensión en la que había ocurrido una de las primeras violaciones. Refiriéndose a la víctima la mujer declaró:

*“Ella era una chica del interior, hacía poquito que estaba acá en la casa, y bueno, sabíamos poco de ella. Había venido a trabajar y lo hacía en un bar en Nueva Córdoba (...) Un día al mediodía suena el portero, nosotros fuimos a atender y era alguien que dijo que se llamaba Gustavo. Nosotros le avisamos, ella sale a atender, pensando que era un amigo de ella. Cuando lo va a ver y vuelve, llega y nos dice a nosotros que por favor la próxima vez que este tal Gustavo la venga a buscar le digan que ella no estaba, porque no era el amigo, Y bueno, nosotros también le preguntamos quién era, porque pensamos que era algún chico que, que se yo, que salía con ella, y ella nos dice que no, que era alguien que la vio salir un día a las 4 de la madrugada cuando ella se iba a su casa y que de la vereda de enfrente le preguntó la hora, y la acompañó. Y bueno, quizás en esas conversaciones ella le dio el teléfono, le dio el nombre, y como él la vio salir de acá de más estaba decir donde vivía’. **Las declaraciones de la responsable de la pensión demuestran que el violador serial no actúa al boleo. Elige y sigue a sus víctimas antes de atacarlas, lo que revela una faceta hasta ahora no confirmada oficialmente**”* (negritas propias).

Se puede apreciar en el párrafo precedente una representación simbólica de los actores en polaridades tales como *violador serial = astuto / mujer violada = ingenua*. El relato mediático explica la circunstancias mediante hipótesis y conjeturas que procuran neutralizar el caos que produjo el acontecimiento y suministrar un sentido coherente sobre el mismo. Así, opera desde lo ideológico esquematizando, polarizando a los protagonistas, generalizando y, en suma, eliminando toda la complejidad que caracterizan el proceso y el contexto por el cual una mujer es violada. En este caso, soslayar su complejidad implica, por lo general, la inexistencia de un debate sobre las causas estructurales que están detrás de la violencia contra las mujeres. “Se puede pensar –dice Martini (2009:39)- que el público responde con aceptación (acostumbramiento) al horror, con el miedo y la ausencia de tranquilidad a la reiteración, y con la discriminación del ‘otro’ no conocido que, por fin, se constituye en sospechoso”. Por su parte, Madriz (2001:33) explica que las imágenes que tienen los medios de las mujeres como víctimas varían a lo largo de un continuo. Estas caracterizaciones se refieren, por un lado, a la mujer que es “buena pero tonta” y por el

otro a la “mujer mala”. Dice también que la prensa difunde imágenes que suelen asociar las violaciones de mujeres producidas en su mayoría por desconocidos. Entonces, en el caso que nos ocupa, cabría suponer que la joven de la pensión *no debería haber permitido que el sujeto la acompañara, ni debería haberle dado el teléfono*. Más aún: *no tendría que andar de madrugada sola por la calle*. De manera que la sanción social vendría dada por una situación provocada por la propia víctima, al transgredir los modos codificados de comportamiento.

Veamos ahora una reconstrucción de la escena delictiva de la última violación:

*“Como en muchos de los casos, la chica es estudiante universitaria. Tiene 24 años. Fue sorprendida desde atrás. La amenazó a punta de pistola para que no viera su cara, y la llevó al fondo de un baldío que estaba a metros del lugar en donde la interceptó. Pero un detalle resultó nuevo para los investigadores: esta vez, para acercarse a su víctima el hombre usó un ‘viejo auto celeste o verde claro’. Esa fue la nota diferente, ya que en todos los ataques anteriores andaba de a pie y se iba del lugar de la violación caminando tranquilamente (...) También trascendió que, tras su ataque, el violador le habría dicho a la joven: ‘ya podés irte’. Entonces, él caminó unos metros, **subió al auto y se alejó**” (Clarín, 15/12/04. La negrita es del original).*

Desde un primer momento, se hizo hincapié en que las víctimas compartían el hecho de ser “jóvenes estudiantes universitarias” que habían sido atacadas de noche (“*el 70 por ciento de sus ataques han ocurrido contra jóvenes estudiantes del interior cordobés o de otras provincias argentinas. Siempre las agredió de noche*”. Clarín, 7/12/04). En el plano ideológico, el contenido de la noticia tiene su correlato necesario en la construcción de mundo, cuyo sentido es consensuado y se corresponde con un ideal acerca de lo que “se espera ver, de lo ya sabido” (Chejter, 1997: 21). Por el imaginario que condensa su edad, condición social y horarios de actividades, estas víctimas resultaban “esperables”. Por otra parte, el párrafo contiene reminiscencias del relato policial, que caracterizaron la reconstrucción de los hechos a lo largo de toda la cobertura, que se hacen visibles en el empleo de sintagmas como “*sorprendida desde atrás*”, o “*a punta de pistola*”, y en la descripción de la frialdad y superioridad del delincuente: “*ya podés irte*”. Asimismo, el escenario del delito también resulta el “esperable”: el fondo de un baldío. Podríamos pensar que aquí *baldío* apela alegóricamente a esos espacios urbanos naturalizados como inseguros y tenebrosos, que inspiran un miedo que, al generalizarse, altera las relaciones entre los individuos e instituye un determinado funcionamiento del orden social (Pereyra, 2009).

En cuanto a la imagen del victimario, los diarios destacaron su robustez: “*Contextura física fuerte, manos morrudas y mide alrededor de 1,68 metros*” (Clarín, 15/12/09), y su vigor sexual: “(...) *se sabe que hay 51 hechos denunciados y que hay 59 víctimas, todas mujeres jóvenes. La diferencia en estas cifras obedece a que en algunos de los ataques, el sujeto atacó a varias chicas en una sola vez*” (La Voz del Interior, 16/12/04. La negrita es del original). Describieron su mirada como “*oscura y atormentada*”. Sin embargo, mencionaron que se presentaba ante sus víctimas “*muy limpio, sin olor a alcohol, aparentemente no drogado y con los genitales afeitados*”. Resaltaron por otra parte la astucia de sus movimientos, que le permitía eludir la vigilancia de toda una fuerza policial que, al parecer, estaba superada por la sagacidad de un solo individuo:

“Después de permanecer ‘guardado’ durante tres meses, cuando muchos pensaban que se había ido a otra provincia, el psicópata volvió a atacar, demostrando que es capaz de reaparecer aunque centenares de policías vigilen los lugares donde se mueve con impunidad desde hace demasiado tiempo” (La Voz del Interior, 15/12/04. Las negritas son del original).

“*Poco puede hacer [la policía] frente a un sujeto de estas características*”, dijo el diario, y, en consecuencia, podía dedicarse tranquilamente a “*sembrar el terror en Nueva Córdoba, el Parque Sarmiento y barrios vecinos*”. Porque si antes había elegido un solo barrio para ejercer su violencia, ahora su accionar se habría ampliado a un nuevo barrio y a otros que no se identifican, salvo por su vecindad con los dos primeros. Esta imprecisión, y las referencias a una policía incapaz o impotente para detener al violador, seguramente no contribuyeron para que las mujeres de la ciudad de Córdoba se sintieran más seguras, porque implicaban que el delincuente podía volver a violar libremente y en cualquier parte: “(...) *El dato indica que el depravado puede atacar en cualquier momento*” (La Voz del Interior, 18/12/04).

Esta imagen de un atacante ladino, calculador, experimentado y omnipresente -“*el psicópata sigue burlándose de todos*”-, debe contraponerse con las imágenes de imprudencia, ingenuidad e indefensión de sus víctimas. Fernández Díaz (2003) afirma que en el discurso periodístico las víctimas de la violencia sexual suelen ser descritas como correlato de sus agresores: existen en función de ellos, y su función e importancia en el texto están supeditadas a las acciones de sus victimarios.

El delincuente fue nombrado reiteradamente en los diarios como *el violador serial* o solamente como *el serial*, denominaciones que hacen sentido en la historia del crimen y en innumerables productos de la industria del entretenimiento: “El mito de los *serial killers* es *made in Hollywood*”, dice Scheerer (2004). Los delitos en serie desafían la inteligencia de los investigadores y estimulan la curiosidad del público en pos de hallar un patrón en el *modus operandi* que permita identificar a su autor:

“Por estas horas, el depravado cordobés vuelve a ser noticia nacional y, por ahora, a [el gobernador] De la Sota sólo le queda recordar una vez más que Jack el Destripador, el primer serial de la historia (violó y asesinó a cinco prostitutas en el barrio londinense de Whitechapel) jamás fue descubierto” (La Voz del Interior, 15/12/04).

Pero en el caso de la violencia sexual, la denominación de *serial* también alude a una continuidad delictiva que se asienta en el mito de la irrefrenable libido que poseerían estos delincuentes, tal vez equiparable a la de los animales, ya sea los ficticios (como los faunos) o los verdaderos. En este sentido podemos agregar que en innumerables ocasiones se animalizó la figura del delincuente: “...*el violador serial que acecha en Córdoba*”, “...*la cacería del serial*”, “...*cuando llegó la policía el pájaro había volado*”, “...*acorralado se pegó un tiro*”. También se lo patologizó utilizando voces como *depravado*, *psicópata* y *degenerado*.⁵ En ausencia de otras explicaciones sobre la conducta del delincuente, las condiciones que le atribuyó la prensa -la de animal y la de enfermo mental- pueden haber diluido -¿disculpado?- su verdadera responsabilidad. En cambio, en escasas oportunidades los diarios nombraron a Sajén como lo que era: un delincuente. Tal vez porque no calificaron a sus acciones como delitos. Las violaciones parecen ser concebidas así como sucesos inevitables, propios de alienados, y, como tales, imposibles de evitar.

Por otra parte, mediante el uso de la hipérbole en la construcción mediática del violador tendió a realzar su figura hasta dotarla de proporciones cuasi míticas:

⁵ La psiquiatría descarta la enfermedad mental en este tipo de delincuentes. Dice Romi: “No es común ver delincuentes seriales francamente alienados (psicóticos). (...) Difícilmente el delincuente serial presenta la imagen del “perverso lombrosiano” es, por lo contrario, un individuo que a nivel social se comporta en forma cordial, se muestra saludable, seductor, educado, es por lo general inteligente y astuto, con lo cual su criminalidad pasa desapercibida en el ámbito de la comunidad y hasta para los conocidos y, si tiene un trabajo estable, también para sus compañeros laborales”.

- “El violador que tiene en jaque a la ciudad de Córdoba...”.
- “El enemigo público número uno...”, “...el fantasmal delincuente...”, “...el siniestro personaje...”.
- “La investigación criminal más complicada en la historia cordobesa...”.
- “El fantasma más odiado en los últimos tiempos...”.
- “El delincuente que más daño y terror causó en Córdoba...”.

Repercusiones sociales

La profusa circulación de noticias y comentarios acerca del violador -“*Nadie habla de otra cosa en Córdoba*”, dijo *Clarín*- tuvo efectos concretos en la vida cotidiana de muchas mujeres. Algunas se organizaron en el grupo “Podemos hacer algo” para reclamar por la pronta detención del violador. Otras se limitaron a cambiar sus hábitos y a tomar medidas de precaución. Una nota de *La Voz del Interior* (20/12/04) se extendió al respecto, mencionando el miedo y la preocupación que sufrían muchas jóvenes:

- “*Ya no andan solas por las calles. Muchas están mirando de reojo todo el tiempo. Van preocupadas y apuran el paso para llegar cuanto antes a casa. Observan con desconfianza, sospechan hasta de su sombra, tienen ojos prejuiciosos. Sienten temor, suspicacia y desconfianza, dudan de las intenciones de cualquier varón que se les acerque, transitan un estado parecido al de la paranoia*”.
- “*Es raro encontrar chicas solas a la noche. Después de las 21 o las 22, muchas se quedan en sus departamentos. (...) Se mueven en grupos, en especial para ir y volver de la facultad. Este año, muchas no cursaron materias de noche*”.
- “*Como medios de defensa, las jóvenes poseen en sus carteras cuchillos de cocina, aerosoles de gas pimienta (los cuales están agotados) o bien silbatos. También, muchas se están interesando en la práctica de artes marciales, por si el depravado las aborda por detrás*”.
- “*Pero la desesperación y la desconfianza de las chicas no cesa y la manía crece. (...) Pese a que la zona se pobló de policías, las chicas siguen con miedo. A algunas las aterrera que no puedan dar con el serial*”.

La nota incluyó el testimonio de algunas estudiantes universitarias:

- “*‘Siento que todos los hombres que me miran tienen la cara del violador (...) Siempre que voy sola miro para todos lados por temor a que parezca’*”.
- “*‘No ando más sola. **A partir de las noticias sobre el violador**, y como salgo tarde la facultad, empecé a organizar mi día desde el horario en que pasa el colectivo’*” (La negrita es nuestra).

- *“Ando con el pelo recogido y trato de ir sin calzado que tenga tacos, por si tengo que correr”*.

Conclusiones

Desde su reaparición y su posterior instalación en la agenda temática de los medios, la forma en que fueron construidos los hechos, esto es, el relato acerca de las sucesivas violaciones, desde el desarrollo de la investigación hasta la captura y posterior suicidio del “violador serial”, se hizo desde una retórica narrativizada. Las modalidades enunciativas no correspondieron a un tipo único y puro de estilo, sino que por el contrario, trabajaron en una superficie discursiva que combinó opinión, argumentación, información y narrativización. En algunos pasajes se ficcionalizó la trama del caso. La caracterización de los actores tendió al uso de dicotomías, encuadrándolos en polaridades tales como bueno/malo, víctima/victimario, correcto/incorrecto. Esta representación resulta más que relevante si se considera que, como indica Madriz (2001: 30), “las diferencias entre hombres y mujeres en el grado de miedo a la delincuencia pueden explicarse, al menos en parte, por las imágenes dominantes que reflejan divisiones estructurales de género y presentan a las mujeres como comparativamente vulnerables, débiles, impotentes y pasivas, y a los hombres como fuertes, enérgicos, poderosos y activos”. Estas diferencias entre hombres y mujeres son presentadas como naturalmente originadas en diferencias biológicas, implicando con ello que se basan en verdades incuestionables. Los medios, en este sentido, fueron claves en la reproducción de una estructura jerárquica de género.

En segundo lugar, ambos diarios enfatizaron en algunos casos la responsabilidad que les cabía a las mujeres por no haber tenido un comportamiento adecuado, propio de su género. Lo que les sucedió pareció ser el resultado de una desobediencia a los códigos de comportamiento socialmente establecidos: salir de madrugada, hablar con desconocidos, darles su teléfono... Visto en estos términos, el discurso mediático no sólo puede generar sensación de miedo en las mujeres sino que además naturaliza comportamientos responsables para ellas y para los varones, una creencia que favorece el control social de las mujeres en la medida que la mayoría de ellas “experimenta el miedo a la violación como una persistente y corrosiva sensación de que algo terrible

podría ocurrir, una angustia que les impide hacer cosas que desean o necesitan hacer” (Madriz, 2001: 32). A su vez, Chejter (1997: 21) agrega: “Las noticias de violación están allí para informar entre otras cosas que las violaciones son prácticas cotidianas a las que todas las personas están expuestas, como víctimas, directas o potenciales. Las violaciones construidas a partir de las noticias procuran sin embargo cierta sensación de seguridad para quienes no frecuentan lugares y circunstancias en las que estas violaciones noticiables tienen lugar”.

En tercer lugar, a lo largo de la cobertura mediática se tendió a presentar miradas desproporcionadas del victimario en relación a sus víctimas. El primero fue patologizado y animalizado; se hiperbolizaron sus capacidades y relativizaron sus responsabilidades. La importancia de las víctimas, por el contrario, siempre se sostuvo en función de ese “otro”, su agresor. Ello colaboraría a la creación de estereotipos, modos de ser y de comportarse, y reproduciría sus posiciones de dominante/dominado dentro de la estructura del campo social.

Por último, las fuentes citadas a lo largo de la cobertura otorgaron un lugar privilegiado a las voces oficiales (judiciales y policiales) reproduciendo, en cita directa como indirecta- las formas propias de su lenguaje, y con ellas, la manera de percibir, apreciar, y representar la realidad. Como afirma Fernández Díaz (2003: 201), respecto del circuito del saber especializado, “hay un valor concedido a los discursos institucionales como productores de verdad, pero sin tener que ver con el mensaje que se produce. La importancia real reside en quien produce el mensaje y de donde proviene”. Si bien los medios apelaron al testimonio de algunas víctimas a través de la publicación cartas, correos electrónicos, testimonios de allegados y vecinos de los barrios en el que se produjeron las violaciones, las noticias se sostuvieron fundamentalmente en las voces institucionales consultadas que se constituyeron como discurso de autoridad por excelencia, convalidando una mirada ideológica acerca de la naturaleza de los acontecimientos. Discurso legitimado del saber-poder que reproduce imaginarios en los que las relaciones asimétricas de género se hacen presentes una y otra vez. Y los medios son claves en esta perpetuación. Como indica Martini (2009: 23): “Para la sociedad en su conjunto un acontecimiento existe por la información mediática a la que se le otorga credibilidad y legitimidad: las noticias arman la realidad que ingresa en la percepción colectiva como dato para la constitución de la opinión y el imaginario social”.

Cuando nos preguntamos en el prolegómeno de este trabajo por qué las mujeres sienten más intensamente el miedo que los varones, éramos concientes de que esta percepción diferenciada tiene su asiento en las relaciones de poder que existen entre los géneros. El concepto de género, entendido como constructor de identidades sociales, ocupa un lugar central en la medida que atribuye roles, espacios de acción y atributos diferentes para cada sexo. Esto tiene su corolario en la desigualdad que existe en las relaciones intergenéricas, las que, a su vez, son propias de una arraigada cultura patriarcal que debe verse como “un sistema social, como una ideología, en donde hay una apropiación del poder por parte de los varones, y donde las mujeres ocupan un lugar de subordinación” (Maite Rodigou, 2007). En esta construcción de identidades intervienen las diferentes instituciones sociales, entre ellas, los medios de comunicación. Y esta lógica, aceptada socialmente, termina tipificando un ideal hegemónico masculino y femenino, fundamentado en las características y comportamientos que son “esperables” de cada género. Así, este mecanismo de funcionamiento, que tiende a reproducirse, es sustento de la violencia de la que son objeto las mujeres.

Lo que acabamos de señalar no constituyó el *frame* interpretativo de los diarios que hemos analizado en el caso del “violador serial”. Por el contrario, entendemos que al abordarlo exclusivamente como una noticia policial contribuyeron a invisibilizar las raíces estructurales de la violencia de género, al tiempo que reforzaron con sus retóricas imaginarios de peligro y miedo. Una verdadera psicosis generalizada se instaló entre las mujeres jóvenes de Córdoba durante aquel diciembre de 2004, y Marcelo Sajén -el “violador serial”- no fue el único responsable.

Marcelo Pereyra/Gisela Iriondo

Septiembre de 2009

BIBLIOGRAFÍA:

Borrat, Héctor (1989): “*El periódico, actor político*”. Barcelona, Editorial Gustavo Gili S.A.

- Chejter, Silvia (1997): "El discurso periodístico de la violación en la prensa escrita". En *Travesías*, año 3, N° 4, noviembre.
- García Beaudoux, Virginia y D'Adamo, Orlando (2007): "Tratamiento del delito y la violencia en la prensa. Sus posibles efectos sobre la opinión pública". En Luchessi, Lila y Rodríguez, María Graciela (coords.) *Fronteras globales. Cultura, política y medios de comunicación*. Buenos Aires, La Crujía.
- Fernández Díaz, Natalia (2003): *La violencia sexual y su representación en la prensa*. Barcelona, Anthropos.
- Ford, Aníbal y Longo, Fernanda (1999): "La exasperación del caso". En Ford, Aníbal *La marca de la bestia*. Buenos Aires, Norma.
- Madriz, Esther (2001): *A las niñas buenas no les pasa nada malo*. México, Siglo XXI.
- Martini, Stella (2000): *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. Buenos Aires, Norma.
- (2009): "El delito y las lógicas sociales. La información periodística y la comunicación política" En Martini, Stella y Pereyra, Marcelo (Eds.), *La irrupción del delito en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Biblos.
- McCombs, Maxwell (2006): "Las consecuencias del establecimiento de agenda". En *El impacto de los medios en la opinión pública y el conocimiento*. Barcelona, Paidós.
- Pereyra, Marcelo (2009, a): "Cartografías del delito, territorios del miedo". En Martini, Stella y Pereyra, Marcelo (Eds.) *La irrupción del delito en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Biblos.
- (2009, b): "No matarás (de nuevo), o de cómo el crimen de Nora Dalmasso se transformó en pasión de multitudes". Actas del I Congreso Interdisciplinario sobre Género y Sociedad. Debates y prácticas en torno a Violencias de género. Córdoba, Argentina, 28,29 y 30 de Mayo de 2009 (publicado también en www.periodistasdegenero.ning.com).
- Rodigou, Maite, Nazar, María, Monserrat, Sofia y Hunt, Laura (2007): *La violencia hacia las mujeres en los medios de comunicación, Transformando las noticias*. Documento del Programa Regional "Ciudades sin violencia hacia las mujeres, ciudades seguras para tod@s", coordinado por UNIFEM y AECID, editado por CICSA – Red Mujer y Hábitat de América Latina.
- Romi, Juan Carlos (s/d): "El delincuente sexual serial". En <http://www.aap.org.ar/publicaciones/forense/forense-10/tema-3.htm>
- Scheerer, Sebastian (2004): "Mitos y método. Hacia una simbología social de homicidas seriales y profylers". En *Delito y Sociedad*, año 13, n° 20.
- Van Dijk, Teun (1996): *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información*, Barcelona, Paidós Comunicación. Primera reimpresión.